

“Yo no soy ese chiquillo al que Jordi Pujol puso ahí delante por enchufe”



—Explique por qué cree usted que está cualificado para gobernar un país como Catalunya.

—Hace 25 años que me pateó el país, que he tratado con sus gentes diversas, he estado unos cuantos años dirigiendo departamentos de la Generalitat. También sé lo que es estar en la oposición: ocho años en el Ayuntamiento de Barcelona y ahora tres años más en el Parlament. Finalmente, he estado unos cuantos años, unos ocho o nueve, al otro lado de la trinchera, trabajando en empresas privadas, desarrollando departamentos de exportación. Por tanto, sé lo que quiere decir pagar nóminas a final de mes, que no siempre es fácil, y sé que quiere decir conseguir buenos resultados cada año, que no siempre es fácil, tanto política como empresarialmente.

—No ha mencionado estudios.

—Soy licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales. También empecé la carrera de Derecho, aunque no la terminé. Soy trilingüe desde pequeño gracias a que mis padres me enviaron al Liceo Francés: era una escuela que estaba cerca de casa. Con el paso del tiempo he conseguido hablar correctamente el inglés...

—¿Liceo Francés? ¿Quiere decir que es usted de una familia bien?

—Yo soy de una familia acomodada...

—¿Pija?

—¿No, hombre, pija no! Soy de una familia relativamente acomodada, pero que todo lo que ha tenido se lo ha ganado con el esfuerzo. No tenemos patrimonios heredados en absoluto. La evolución de mi familia se parece a la de mucha gente en Catalunya. Mi abuelo materno, que era de Valls, tuvo que irse de casa a los trece años, cuando murió su padre, que era maestro de obra, y se fue a trabajar de aprendiz en una tienda en Reus y con el paso del tiempo fundó una pequeña empresa textil en Sabadell. Y mi abuelo paterno, de Vilassar de Mar, fundó una pequeña empresa en el sector de los ascensores y del material de elevación, y hasta mi padre, en su momento, acabó trabajando ahí. En definitiva, vengo de gente de oficio, gente de taller, gente de la pequeña burguesía catalana que con mucho esfuerzo fue evolucionando hasta conseguir un nivel familiar cómodo ganado con su esfuerzo.

—El señor Montilla dice que él, mientras estudiaba, tenía que trabajar doce horas al día. Usted no tuvo que trabajar, ¿no?

—Mientras estudiaba en la escuela no tuve que trabajar.

—¿Y en la universidad?

—Mientras estuve en la universidad, sí. En los dos últimos cursos de carrera tuve que ayudar a mi padre en unas circunstancias familiares difíciles, porque la empresa que había creado mi abuelo en los años veinte hizo suspensión de pagos. Fueron unos años muy duros en casa y yo, que era el mayor y que además estaba estudiando Economía y Empresa, me puse al lado de mi padre. Y eso me obligó a vivir una realidad dura.

—Mucha gente de su generación estuvo implicada en la lucha antifranquista, usted no. ¿Por qué?

—Pues mire, yo lo he explicado muchas veces: cuando Franco murió yo tenía 19 años y, efectivamente, en ese momento yo no estaba implicado en esta lucha, no era una persona....

—Cuando Franco murió, Montilla tenía veinte y sí luchaba...

—Sí, sí, sí. Y Pujol tuvo la revelación de lo que él tenía que hacer por Catalunya a los doce o trece años. Es decir, hay gente que a los quince años ya está en todo tipo de revoluciones y hay gente que va madurando con el paso del tiempo. Pero le estaba contando que Franco murió cuando yo tenía 19 años, y yo, a esa

edad estaba estudiando y preparándome para trabajar en el mundo de la empresa. No es que estuviese a favor de Franco, ni mucho menos. En casa se celebró la muerte de Franco. Pero es cierto que yo no había destacado en el antifranquismo, como tampoco había destacado en el nacionalismo catalán. En esa época empecé a tener unos primeros amigos que venían del mundo más nacionalista catalán y a partir de ahí empezó eso que se denomina un proceso de contagio. Me implicé cada vez más a partir de los 25 años y, de hecho, ya llevo más de veinte años vinculado al catalanismo y al nacionalismo catalán. Pero por un proceso de decantación, un proceso de contagio gradual y no un proceso de revelación.

—Hay quien dice que este proceso de contagio no es más que un proceso de ambición personal. ¿Es usted un catalanista genuino o sólo es catalanista porque ése es el mejor camino para alcanzar el poder?

—Hombre, hay tres cosas que he hecho en mi vida, que son ejemplos muy claros. Primero, en el año 1988, siendo, con 32 años, el director general más joven de toda la Generalitat, decidí ir al sector privado. ¿Cree que hubiera abandonado la Generalitat en aquellas circunstancias si lo único que me importaba era el poder político? Segundo, en el año 1995, después de haber estado luchando en el Ayuntamiento de Barcelona contra el alcalde olímpico Pasqual Maragall, vinieron unas elecciones municipales en las que estaba convencido de que sería el candidato de CiU, pero al final se decidió que sería Miquel Roca.

En lugar de abandonar el Ayuntamiento, que es lo que hubiera hecho si sólo pensara en el poder, lo que hice es ponerme de segundo del organigrama. Tercer ejemplo, hace tres años gané unas elecciones en Catalunya y en lugar de dejarlo porque no fui presidente, me quedé en la oposición sin saber cuántos años duraría. Una persona a quien sólo le interesa el poder se hubiera ido a otra parte. Una persona que se preparó a fondo para trabajar en el mundo de la empresa privada si se dedica a la política durante más de veinte años, es por algo más que por interés, ya que en la política se cobra menos, se tienen muchos más dolores de cabeza, sacrificas una parte de la familia y de tus aficiones personales y, además, no eres reconocido socialmente, porque es la profesión menos valorada de todas en estos momentos. Por tanto, alguna cosa más debe haber aparte del interés.

—A usted, como a todos los que nacimos durante el franquismo, se le puso un nombre español. En su caso, Arturo. ¿Cuándo se catalanizó usted el nombre a Artur?

—En 1999-2000, aproximadamente. Era un asunto al que yo no daba prácticamente importancia...

—Yo me llamaba Javier y me lo cambié el primer día que se permitió hacer el cambio, creo que por el año 1976.

—Pues yo me lo cambié el primer día que no se tenía que pedir sino que se podía exigir. Lo que pasa es que a mí en casa no me dijeron nunca Artur. Me llamaban Artura.

—¿Hablaban el catalán en casa?

—¡Siempre! En casa sólo se hablaba catalán.

—¿Y eso de Arturu?

—En las familias catalanas hay mucha gente a la que, siendo catalanes, se les llama Francisco, Fernando, Domingo. Fijese, por ejemplo, este mismo año, en la Fira del Cànir de Argenton vi que mucha gente se llamaba Domingo, porque ése es el nombre del patrón. Les pregunté por qué no lo cambiaban a Domènec. Me dijeron que no, que se querían llamar Domingo y que no por eso eran menos catalanes.

—Pues si la familia le llama Arturu y eso ya es suficientemente catalán y catalanista, ¿por qué se lo cambió en 1999? ¿Intuía que sería una barrera para su progresión política?

—No, hombre, no. Lo que pasa es que era una cosa que tenía pendiente desde hacía tiempo y lo fui dejando. Finalmente, cuando reformaron la normativa facilitando el proce-

ARTUR MAS
Candidato de CiU

OPOSICIÓN

“Es una etapa que doy por buena; es duro, sobre todo si al final has ganado”

FOTO DE LA MONCLOA

“Tuve cinco reuniones con Zapatero en los meses anteriores y nadie se enteró”

NOTARIO

“No veo polémica; es una forma gestual de decir que el compromiso es firme”

PACTOS

“Prefiero estar en la oposición que formar gobierno con el PP”



so lo hice. Ahora bien, le añadido el comentario: si el grado de catalanidad de una persona se tiene que medir por lo que dice un carnet de identidad no vamos bien. Yo creo que el aprecio que una persona pueda tener a su país se mide por sentimientos, fidelidades, lealtades, por emociones, compromisos...

—¿En qué ha cambiado usted estos tres años? ¿Será ahora mejor presidente de lo que hubiera sido antes? ¿Da por bueno su paso por la oposición?

—Sí. Lo doy por bueno. A ver, ha sido muy duro, porque anímicamente es más fácil ir a la oposición si pierdes que si ganas. Porque si pierdes, sabes que en democracia te toca ir a la oposición. En Catalunya se hicieron combinaciones un poco extrañas y los que perdieron terminaron gobernando. En los países normales cuando se pierde se va a la oposición.

—Eso no es lo que creía usted en el año 2003. En una entrevista del domingo 13 de abril del 2003 usted dijo en *La Vanguardia*: “Si puedo gobernar, aunque no sea la lista más votada, lo haré”. ¿Cree usted entonces que Catalunya no era un país normal?

—Muy mal. Aquí no estuve nada acertado.

—Volvamos al tema de si la oposición le ha ido bien...

—Puesto que estar en la oposición a pesar de haber ganado es muy duro anímicamente, durante un año entero, el 2004, me dediqué más a hacer de psicólogo que de político. He intentado recuperar el ánimo general dentro de Convergència i de CiU. Pasado ese bache, que lo fue, pienso que estos tres años nos han permitido demostrar que podemos hacer un gran servicio al país desde la oposición. Ade-

más, para mí personalmente ha sido positivo, porque en estos momentos soy más Artur Mas y menos ese chiquillo al que Jordi Pujol puso ahí delante por enchufe.

—Hace un año usted pronunció un discurso que muchos catalogaron de liberal. ¿Qué es el liberalismo? ¿Usted lo defiende?

—Yo no me he considerado nunca un liberal clásico, ni liberal al cien por cien. Lo que pasa es que muchas de las cosas que yo pienso conectan en parte y algunas en mucho con el pensamiento liberal. Por ejemplo, yo soy claramente partidario del binomio libertad-responsabilidad dirigido a las personas y a la sociedad. Creo que tiene que haber una auténtica confianza en la iniciativa y la responsabilidad de la gente. Segundo, creo que, siendo muy importantes los gobiernos, entiendo que éstos no pueden ni decidirlo ni controlarlo todo.

—Uno de los debates que hay ahora en Catalunya es el del tipo de intervención pública en el ámbito social. A usted se le acusa de neoliberal por aquello de los cheques. He mirado su página web y la lista de cheques es interminable...

—No, interminable no. Está dirigida a una sola política grande, que es la familia.

—Cheques a la infancia, cheques de nacimiento, cheques sanitarios, cheques escolares...

—Todo esto es un bloque entero denominado *Familia y natalidad*, y sólo en este bloque existe una política que denominamos de cheques, pero claro...

—Cheques de inglés...

—No cheques de inglés. Lo del inglés es una desgravación fiscal, no es un cheque directo. Pero lo importante no es tanto la medida en sí misma como el mensaje y la actitud: yo apuesto por una Catalunya trilingüe y quiero dar un mensaje a la sociedad catalana en este sentido. Para cambiar la mentalidad y actitud del país, el Govern dará indicios de que las personas que hacen un esfuerzo en ese sentido tendrán un pequeño estímulo. No será demasiado grande (es decir, no pagaremos los estudios de inglés, chino, árabe o francés), pero daremos una pequeña ayuda.

—Entiendo lo del inglés, pero ¿por qué los contribuyentes tienen que subsidiar a las familias para que éstas tengan más hijos?

—Por dos razones muy sencillas. Primero, porque un país puede pasar de dos a siete millones de habitantes, pero no se puede pasar de seis a uno.

—¿Por qué?

—Hombre, porque pierde vitalidad por todas partes. Y pasa otra cosa, que es la segunda razón de interés general. Si para que funcione la economía y el Estado de bienestar se tiene que importar gente de fuera, como está pasando, uno puede acabar teniendo problemas de convivencia, de cohesión social y de reforzamiento de la personalidad del país. En este caso, en lugar de atraer gente de fuera, es mejor que la gente de aquí tenga más hijos.

—¿Sabe cuántas veces aparece la palabra *social* en su programa?

—Sinceramente, no lo he contado.

—198 veces.

—Y después dicen que somos neoliberales.

—Ustedes dicen que Catalunya tiene un problema de competitividad. ¿Qué es la competitividad?

—La competitividad es la capacidad que tenemos nosotros de situarnos en este mundo globalizado en circunstancias positivas de colocar nuestros productos, nuestros bienes, nuestros servicios por todo el mundo, y por lo tanto de hacer subsistir nuestro tejido productivo tanto a corto como a largo plazo.

—¿Cuál es el problema de nuestra competitividad?

—Pues que tenemos un modelo económico que no acaba de ser el óptimo. Es bueno desde el punto de vista del crecimiento económico, porque crecemos por encima del 3%, crea puestos de trabajo, etcétera, pero está basado en la importación de mucha mano de obra barata. Además, el crecimiento está sustentado

en altas tasas de consumo y en menos inversión de la necesaria. Eso quiere decir que, tanto en el nivel de las familias como en el del conjunto del país, no ahorramos lo suficiente, y esto se acaba pagando. Segundo, tenemos un problema de calificación del trabajo. Tercero, tenemos un problema de desequilibrios con el exterior. El déficit comercial es brutal en este momento. Nuestra propuesta es que todos estos desequilibrios se tienen que compensar con más inversión, más innovación, trabajo más cualificado y más voluntad de reducir los déficits exteriores.

—¿Tenemos también un problema de mentalidad?

—También, clarísimo. No nos damos cuenta de cómo va el mundo. Nos pensamos que aquí, haciendo lo que hemos hecho hasta ahora, podremos seguir tirando. Pero tenemos que entender que ahora somos una pizca más en una red global en la que todo el mundo compite con todo el mundo. Nosotros nos tenemos que ganar la vida en esta red absolutamente abierta. Debemos comprender que si hay otros que se espabilan mucho más que nosotros, que tienen más iniciativa, que trabajan más, que están dispuestos a hacer más sacrificios y que están dispuestos a tener calificaciones personales y colectivas más altas, pues nos van a ganar la partida.

—Una de las cosas que han pasado es que, cuando éramos competitivos, hace décadas, nuestros ciudadanos querían instalarse por cuenta propia. Es decir, querían ser empresarios. Ahora la mayor parte de nuestros estudiantes de Economía y Empresa quieren ser funcionarios o trabajar para las grandes empresas, que son más seguras. ¿Hace falta un cambio de mentalidad aquí?

—Evidentemente.

—Pero ¿la actitud de los estudiantes ante la vida se puede arreglar desde el Gobierno?

—No, no. El Gobierno puede hacer una cierta pedagogía y un cierto discurso político y de país, y poco más. El Gobierno puede ser un referente para el país, puede comenzar el debate y hacer que se empiece a hablar de esto sin complejos. Por ejemplo, puede hacer que se hable de cómo reformar nuestro sistema educativo. La cultura del riesgo se tiene que reasumir, también la cultura del esfuerzo, la cultura del sí, en contraposición a la cultura del no, y también la cultura de no tenerle miedo al fracaso, que también es una cultura asociada al riesgo.

—Una parte de su programa habla de la estrategia medioambiental catalana. Lo que ha tenido más impacto ambiental en toda la historia de la humanidad es la agricultura, que ha destruido los bosques que había hace diez mil años, y ustedes proponen dar subsidios a los agricultores. ¿Es una contradicción?

—El impacto agrícola no es a base de cemento, sino de productos naturales.

—¿Natural como el agua? El 66% del agua que se consume en Catalunya la usan los agricultores, no los campos de golf o los consumidores. ¿Por qué tenemos que tener una nueva cultura del agua que nos obliga a lavarnos menos los dientes para que los agricultores puedan derrochar el agua...?

—Una parte de nuestro país vive de la agricultura, y si a alguien que vive de la industria se le tiene que permitir que lo haga, a otro que quiera vivir de la agricultura o de la ganadería también se le tiene que permitir vivir de eso. Por tanto, de la misma forma que en determinados momentos se hacen políticas a favor de determinados sectores económicos, no veo impropio hacerlas a favor de la payesía en su sentido más amplio.

—Pero los obscenos subsidios públicos a los agricultores europeos (y también los catalanes) impiden a los países africanos producir y exportar...

—Sí. Pero eso ya es una reflexión distinta. Nosotros no podemos quedarnos al margen de lo que pasa en la Unión Europea respecto de política agraria. Y es cierto que esa política es un problema de presencia en el mundo. Ahora bien, lo que debemos hacer es ir preparando un sistema agrario que pueda competir internacionalmente en determinados segmentos del mercado, con productos de más calidad que no requieran subvenciones. De hecho, gran parte de la payesía catalana ya está orientada así.

—Cambiendo de tema, Esperanza Aguirre siempre dice que el problema de Catalunya es que hablamos catalán y nos gastamos el dinero en tonterías como la lengua en lugar de invertir en cosas útiles como la economía. Muchos empresarios catalanes tienen miedo a demostrar su catalanismo. El hecho de que el Barça de Joan Laporta haya encontrado un equilibrio entre ser catalanista sin complejos y el éxito económico y deportivo demuestra que los empresarios están equivocados. ¿Demuestra un fracaso

—No. Rotundamente no. Yo servi a aquel acuerdo. Porque para mí el Estatut pactado con Zapatero y refrendado por el pueblo de Catalunya no anula el horizonte marcado el 30 de septiembre, simplemente es una parte sustancial de aquel camino, el resto del camino queda por hacer. Y más allá del Estatut del 30 de septiembre queda por hacer otro camino que es el camino de país.

—¿Traicionó usted un pacto secreto que tenía con Esquerra Republicana para ir juntos en todo este proceso?

—No, no había ningún pacto.

—Ellos dicen que había un pacto y que ustedes no lo cumplieron.

—No había ningún pacto, y además quiero recordar que ERC, antes del 30 de septiembre, ya había entregado su sí al Partido Socialista, antes de que se terminara de definir el modelo de financiación. Y quiero recordar que en el proceso de negociación en Madrid, Joan Puigcercós daba el concepto, la terminología "comunitat nacional" como suficiente para definir Catalunya. Aquí lo que hubo fue un ataque de celos tremendo en el momento en el que CiU asumió el liderazgo de la operación.

—¿Si no hubiese habido foto, usted habría hecho el pacto con Zapatero?

—Antes de aquella foto del 23 de enero, y lo revelaré ahora por primera vez, yo tuve cinco reuniones con Rodríguez Zapatero en los meses anteriores, cinco. No hay ni una sola foto de estas cinco reuniones. Ni una. ¿Hay algún político catalán que se haya reunido tantas veces con el presidente del Gobierno sin hacerse ni una sola fotografía?

—Pues si no le importaba la foto, ¿por qué no se esperaba unas horas y se la hacía con todos los demás líderes catalanes?

—Los dirigentes del Partido Socialista en Madrid dijeron que o bien se hacía la negociación con CiU o no había Estatut. Entonces surgió la cultura del sí y de la responsabilidad de CiU, y aceptamos. Sin embargo, les dije que, al estar nosotros en la oposición, asumíamos un gran peligro de que un posible acuerdo terminase favoreciendo a nuestros adversarios políticos. Por eso, porque asumimos un importante riesgo político, pensamos que debíamos tener un poco de protagonismo.

—O sea que la foto era importante.

—No era importante la foto, lo que era importante era visualizar que CiU había asumido un riesgo muy grande que no le tocaba, y cuando alguien arriesga en la vida también tiene que tener una pequeña compensación. Y nuestra compensación fue que fuimos protagonistas de un pacto muy importante. Pequeña compensación, porque esto vino contrarrestado por otra cosa, que fueron las críticas furibundas que recibimos. Yo me he tenido que oír llamar *botifler*, traidor... Y en los mítines de ERC antes de aprobarse el Estatut pasaban imágenes de televisión y de vídeo donde se me presentaba a mí, no a Montilla, ¡eh!, a mí, se me presentaba como el traidor y el *botifler*. Es decir, CiU, Duran, y yo todos los demás negociadores, que nos habíamos esforzado para defender el Estatut en Madrid, prácticamente sin el apoyo de nadie, éramos acusados de traidores y de *botiflers*, mientras que los que habían rebajado el Estatut por obra propia, que era el Partido Socialista, quedaban totalmente salvaguardados.

—Otro tema conflictivo de su programa es este contrato con el notario.

—No sé por qué, pero vaya.

—Porque da la impresión de que o saben que el pueblo no confía en ustedes o que la clase política está tan desacreditada que necesitan certificarlo con un notario. ¿Tan desacreditados están entre unos y otros?

—Que la política en general tiene una falta de credibilidad es así, y podemos afrontarlo o

no afrontarlo. Nosotros no miramos hacia otro lado. Sabemos que esto es así y hay que afrontar el problema. Lo del notario es un poco la anécdota. Lo importante es que la política tiene un problema de credibilidad a la hora de asumir compromisos electorales. Pues bien, los principales compromisos los ponemos en forma de contrato simple, de tres o cuatro páginas, muy bien esquematizado, en el que están nuestras principales propuestas, y esto lo enviamos firmado a todas las casas de Catalunya. Para darle solemnidad y formalidad, que ya se entiende que es un poco aquello de poner la guinda del pastel, vamos al notario. Pero no se tiene que elevar la anécdota a la máxima categoría. Ir al notario es un gesto para decir: nuestro compromiso es firme.

—En 1999 pactaron con el PP en Catalunya. Escogieron, y muchos de sus votantes se sintieron traicionados...

—Un matiz: cuando se eligió al president Pujol en su última legislatura como presidente de la Generalitat, se firmaron dos pactos, uno con el PP, que votó a favor, y otro con ERC, que está escrito, con una elevación de cláusulas, que se abstuvo. Por tanto, se firmaron dos pactos, no uno, sino dos.

—¿Se puede volver a repetir eso de pactar con el PP?

—No, rotundamente. En los próximos cuatro años no.

—¿Qué prefiere: estar en la oposición o formar gobierno con el apoyo del PP?

—Estar en la oposición.

—Decía Josep Pla que lo más parecido a un español de derechas es un español de izquierdas. Cuando Aznar no tenía mayoría absoluta hablaba catalán en la intimidad. ¿Si Zapatero obtiene mayoría absoluta, tendrá menos talante?

—Yo creo que Zapatero es distinto de Aznar. Pero al final la relación entre Catalunya y España, y entre el Gobierno de Catalunya y el Gobierno español, es una relación que se basa en los intereses y en la fuerza, no en la sonrisa ni en la amistad personal. Por tanto, mejor que tengamos fuerza y sepamos qué intereses tenemos que defender y no nos fiemos del talante, que el talante se puede modular en función de las circunstancias y de las mayorías.

—El desgobierno del tripartito ha sido culpa de ERC?

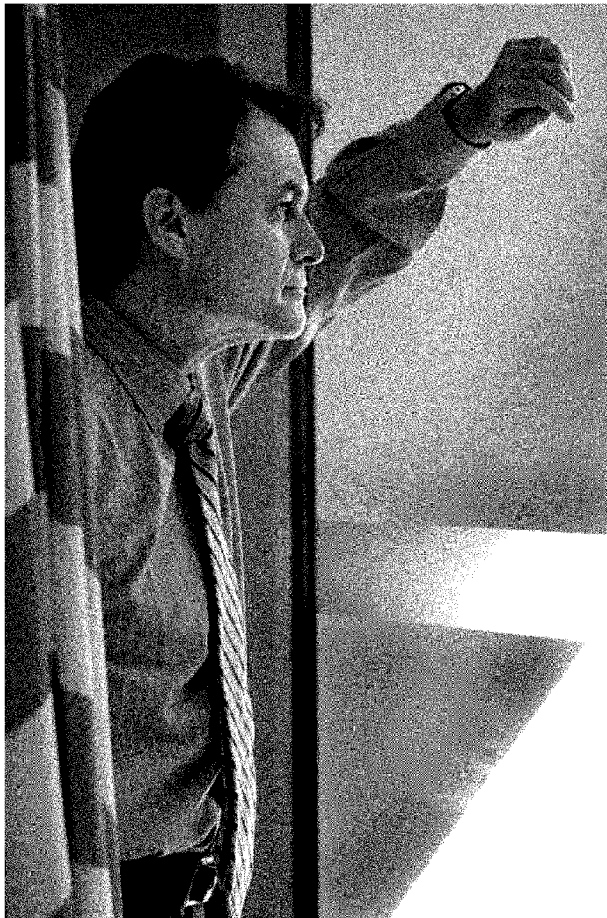
—No exclusivamente.

—¿Tiene miedo de que si ustedes pactan con Esquerra Republicana les contagien ese desgobierno?

—Nosotros, precisamente, queremos los menos pactos posibles. Con el PP, ninguno. Pero con los otros, los menos posibles, porque sabemos que todos ellos aportan una parte difícil de asumir. En el caso de ERC su inconstancia desde el punto de vista de la acción de gobierno y su poca cultura de lo que significa un gobierno. El gobierno no son cuatro o cinco compromisos distintos con unas cuantas consejerías cada uno. Un gobierno tiene que tener cohesión interna, un proyecto único que defender, más allá de las discusiones que pueda haber, un solo proyecto, un solo liderazgo. Todo esto el tripartito no lo ha tenido, y en este sentido ERC es un socio incómodo. Por lo que se refiere al PSC es un socio embarazoso desde el punto de vista de la visión y del concepto de país.

—Un nacionalista que le vote a usted el día 1 pensando que no quiere que los partidos de obediencia española manden en la Generalitat, ¿puede encontrarse el día 2 con la sorpresa de que el conseller primer es José Montilla?

—Lo contesto con claridad. Yo solamente he descartado explícitamente el pacto con el PP. El resto depende del resultado. Como yo aspiro a una victoria muy clara de CiU, yo espero que el día 2 yo pueda anunciar un gobierno de CiU, que será un gobierno nacionalista y un buen gobierno. Y añado otra cosa, lo importante no es que en el gobierno haya un partido nacionalista. Esto ya ha pasado en los últimos tres años. Lo importante es que el gobierno lo lidere un partido nacionalista. Que es muy distinto. Lo importante no es que dentro de la estructura del gobierno haya unos que tienen un 20% o un 15% de los votos que sean los nacionalistas de complemento o de contrapeso. Lo importante es que el liderazgo de Catalunya lo lleve un partido de estricta obediencia catalana, no vinculado a los poderes políticos españoles y que tenga un grado de autonomía lo suficientemente claro para poder defender los intereses del país. Esto, en este momento, solamente lo garantiza Convergència i Unió. Por tanto, más que quién compone el Govern lo importante es quién lo lidera, qué fuerza política lo lidera. En este sentido nadie duda que o lo liderará José Montilla con el PSC o lo liderará CiU. ●



FOTOS: DAVID AIROS

de los partidos nacionalistas, que no han sabido explicar bien que ser catalanista no tiene por qué ser necesariamente perjudicial económicamente?

—Hombre, yo no sé si es un fracaso general, porque hay muchas excepciones muy potentes que contradicen la afirmación inicial. El Barça de Laporta es conocido porque sale en los medios, pero hay muchas empresas, iniciativas individuales y colectivas, gente que está haciendo bien su trabajo, a las que si se les diese relieve social, harían visible que tenemos un país mejor del que a veces pensamos. Yo más que un fracaso del nacionalismo creo que es una asignatura pendiente, y es verdad que probablemente aquí hemos tenido algún déficit de explicación, algún déficit de pedagogía, algún déficit de energía, algún déficit de firmeza, algún déficit de pérdida de complejos.

—Jordi Pujol dijo que Catalunya se ha mirado en el espejo del proceso estatutario y no se ha gustado. ¿Usted se ha gustado?

—Hombre, me habría gustado gustarme más. Pero de todas formas, creo que aquel que hace todo lo que puede en la posición que tiene tampoco está obligado a mucho más. Yo en este sentido tengo la conciencia muy tranquila, hice todo lo que pude, y creo que en circunstancias absolutamente difíciles.

—¿Usted traicionó el acuerdo del Parlament del 30 de septiembre cuando pactó con Zapatero?